

CINCO MOMENTOS CLAVES EN EL ENSAYO LITERARIO CHILENO CONTEMPORÁNEO

FRANCISCO JAVIER PINEDO
Universidad de Talca, Chile

INTRODUCCIÓN

El problema de la identidad ha adquirido últimamente una relevancia notoria en los estudios literarios que no se compadece, sin embargo, con la ausencia de conclusiones sólidas o de aparatos metodológicos que permitan un avance real en las investigaciones. La amplitud de la materia requiere de exposiciones detalladas por países y circunscritas a tiempos históricos determinados. Es necesario también reunir documentación bibliográfica que permita definir conceptos básicos: identidad, cultura, etc., para iniciar investigaciones originales y obtener conclusiones científicas. Nuestro trabajo se avoca al estudio de los textos ensayísticos chilenos más importantes publicados desde la mitad del siglo. Nos parece que es posible agruparlos en cinco ejes principales que nos permitirán averiguar las distintas posiciones metodológicas, tipos de análisis y enfoques con que se resuelve diacrónicamente la pregunta ¿quiénes somos? Al señalar estos ejes nos permitirá establecer además parámetros seguros en la evolución del ensayo chileno y echar las bases para una futura historia de las ideas en Chile.

1. EL ENSAYO IMPRESIONISTA TRADICIONAL

En un primer momento hemos reunido ensayos en torno a un enfoque común: una metodología crítico-impresionista, que define al chileno en base a intuiciones y con rasgos positivos o negativos en comparación con otras realidades culturales, especialmente Europa y EE.UU. Entre los representantes más

destacados de esta primera etapa se deben nombrar a: Benjamín Subercaseaux, Horacio Serrano y Raúl Silva Castro.

En ellos el tema de la identidad se abarca desde la perspectiva personal del autor, quien con sus vivencias y recuerdos analiza los defectos (la más de las veces) y las virtudes de sus congéneres. Son personas lúcidas, cultas y que conocen profundamente el «alma» de Chile: su historia, costumbres, hábitos, etc. Su proyecto está basado en su propia experiencia por lo que se presentan como los verdaderos conocedores de la realidad humana y cultural, planteando soluciones que esperan sean consideradas para la solución de los problemas del país. Por otro lado, privilegian una actitud esencialista más que histórico-circunstancial. Estos autores confían en su capacidad para captar, definir y transmitir una identidad nacional en base a su agudeza psicológica, social y literaria.

Benjamín Subercaseaux, conocido especialmente por su obra, *Chile o una loca geografía* (1940), publicó en la época que tratamos tres textos: *Un Chile no conmemorativo* (1960), *El hombre inconcluso* (1962) e *Interrogaciones* (1965). En todos nos entrega características internas y externas del chileno, las cuales prueban su capacidad de agudo observador. Asegura que el chileno es un «ser impermeable a la experiencia», agrega que es tímido, agresivo y se apoya en los prejuicios. Es «un ser a disgusto» y posee un gran apetito por la muerte. En *El hombre inconcluso* mantiene su crítica negativa. Señala que los chilenos tienen una conducta vaga y prefieren el menor esfuerzo, con el agravante de la petulancia, que les hace creer que las cosas resultarán bien a pesar de todo. Denuncia taras sociales: «el alcohol es lacra fundamental, y en Chile no habrá raza, ni moral, ni país mientras haya alcohol». En relación al hombre del pueblo, lo define como un ser desorientado, sin creencias estables ni ideales colectivos. Termina Subercaseaux con una conclusión que volveremos a encontrar posteriormente: la causa de los males tienen un origen racial: «un período no inferior a doce mil años, y puestos en contacto ayer, en la tardía conquista española».

Horacio Serrano utiliza una perspectiva similar en *El chileno, un desconocido* (1965). Comienza con la inscripción del oráculo de Delfos: *Conócete a ti mismo*, pues en su opinión los males de Chile derivan del «desconocimiento que el hombre del país tiene de sus actitudes genuinas, de sus vicios y virtudes». Serrano también pretende detectar los problemas que esta identidad causa en el desarrollo del país. Por no conocerse, el chileno tampoco sabe cuáles son sus aspiraciones políticas, por lo cual vive permanentemente descontento de sus gobernantes, aunque hayan sido elegidos por él mismo. Donde otros ensayistas se quejan del conformismo, Serrano denuncia el excesivo descontento.

De modo similar a Subercaseaux, señala que la raíz del mal, se encuentra en la formación racial del chileno; que no es europeo, ni indio puro, ni tampoco mestizo en el sentido que se le da a esta palabra en América. Esta diferenciación prueba la necesidad de incrementar el conocimiento y el estudio del alma nacional.

Guillermo Feliú Cruz publicó en 1966, *Patria y chilenidad*, ensayo de corte histórico en que rastrea los conceptos de Chile y Patria durante el siglo pasado. El autor critica duramente el americanismo como una tendencia opuesta a la chilenidad, pues si ésta, basada en la homogeneidad racial y en el mayor desarrollo del estado dio mayor seguridad al chileno, el americanismo lo paralizó convirtiéndolo «en un país de tercer orden». Feliú cuando se refiere a la identidad lo hace desde el impresionismo tradicional: «El chileno (...) andariego, vagabundo, husmeador incansable de oportunidades, confiado en su suerte, sin rumbo».

Perspectiva similar encontramos en la obra de Raúl Silva Castro, *Estampas y ensayos* (1968). Nos referiremos a dos en los que se refiere al tema: «No más roto chileno» y «Verdejo y anti-Verdejo». En el primero reflexiona sobre el significado de la palabra «roto» a partir de la expresión de José J. de Mora, quien describió a los chilenos como «dandies por fuera y por dentro rotos». De aquí derivan las palabras «rotadas», «roterías», «roteque», las cuales además de ofender se ajustan a la autodenigración que recorre el país. Reflexiones similares plantea en «Verdejo y anti-Verdejo». Se pregunta si el personaje de la revista *Verdejo* representa al verdadero pueblo chileno. Lo define como un ser pringoso, maloliente, infrahumano y un símbolo al que debe ponerse fin. A la imagen de «Verdejo» opone la que emitió Carlos de Borbón a su paso por Chile: «Esparta Cristiana», al observar el desprecio a la muerte junto a la caridad. Por estas razones propone eliminar a «Verdejo» y reemplazarlo por otro símbolo que mejore la imagen del país.

2. EL ENSAYO INTERDISCIPLINARIO

A partir de la mitad de siglo, el ensayo fue especificando su método. Los autores ya no confían en sus propias vivencias y cuando lo hacen recurren a las ciencias sociales para avalar sus afirmaciones: Entre los principales autores analizaremos a: Luis Oyarzún, Ariel Peralta y Roberto Escobar.

Luis Oyarzún, en *Temas de la cultura chilena* (1967) se refiere a la identidad desde una perspectiva que incluye la filosofía, la historia y la poesía. En el capítulo: «Resumen de Chile», analiza el aislamiento de Chile y su pobreza económica y cultural, lo que estaba en el ensayo anterior, pero se diferencia de éste en el análisis de la confrontación entre liberales y conservadores en el siglo pasado. Oyarzún recurre a abstracciones con las que resume dos tipos de chilenos: el andariego («roto pata de perro» asociado a la fantasía y al cambio; y el huaso sedentario y conservador; aplicando luego esta dicotomía a toda la historia social y cultural del país como un conflicto permanente. Espera fiesta su preocupación por que lo escrito sea considerado en los proyectos reales: sugiere que al definir la identidad del chileno hay que «repensarlo todo» y con esperanza seña-

la que se debe mantener lo positivo del pasado (tolerancia, orden y libertad) mejorando lo negativo, para crear en Chile una sociedad universal.

En 1971 Ariel Peralta publicó un interesante ensayo, *El mito de Chile*, en el que se observa la nueva perspectiva señalada. Peralta establece una imagen (crítica) del país más allá de las intuiciones tradicionales. Su ensayo es más definido, más coherente que el anterior. Recurre a la historia, la sociología, la política y también la economía, la literatura, las costumbres y el arte. Éste sea uno de los primeros ensayos que busca definir su propio método o que reflexione en torno al concepto «identidad». Texto bisagra que cierra una época abriendo otra, pues su perspectiva metodológica como muchas de sus conclusiones la veremos aparecer en autores posteriores.

Su imagen de Chile es la de una «nación con destino trunco» debido a los mitos en que ha vivido («nacionalidad aletargada»), por el modo de vida escéptico, monótono y derrotista del chileno medio o por el escapismo de las élites pensantes. Con esta tesis, Peralta sintetiza la línea mantenida por los ensayistas anteriores y posteriores: un país que se observa descarnadamente, y que —a pesar del fuerte nacionalismo— no se quiere a sí mismo, o que en el mejor de los casos se autoconsidera como un país en formación.

Las causas ya no están en un problema racial sino en «la crisis moral» que afecta a la república, en la penetración de civilizaciones más fuertes, en la falta de nacionalismo de la oligarquía, en la pérdida del «vigor pionero», y en el liberalismo que estableció la dependencia con Europa y EE.UU. Admira el sentido proteccionista de Portales y Balmaceda, y especialmente a la Generación del Centenario, quienes como él mismo, denunciaron la decadencia moral con un nacionalismo siempre muy presente en la ensayística.

Le preocupa identificar el ser nacional, pues mientras no suceda no podrán idearse los proyectos políticos para salir de la «abulia mental colectiva». El proyecto de Peralta es nacionalista («no un patriotismo altisonante») mostrándose partidario de un estado organizado, audaz, con instituciones que respeten al individuo. Chile se inició con un Estado como éste pero se transformó en un mito, por la excesiva imitación de los modelos europeos. Plantea la dificultad de definir el ser nacional, por ser una paradoja. Cita a B. Subercaseaux: «...los chilenos son el pueblo más contradictorio, más atormentado y más interesante que he conocido». La verdadera personalidad del chileno, dice, busca el ocultamiento: «Apequeñarse». Considera al «humor negro» como la exacta expresión del genio nacional y que al haber perdido el chileno la naturalidad surgió la grosería, que se manifiesta especialmente en la conquista sexual; tema al que dedica interesantes observaciones. Otras características que estudia es su concepción de la historia en la que todo es posible; transformándose en un pueblo de «ética teorizante», sin alegría verdadera, y en el que prima el miedo y la «monotonía cósmica».

Concluye que Chile es un país culturalmente falso: un ser intermedio entre

el español y el indio que no buscó la originalidad, sino el masoquismo y el mito, transformándose en hijos «apócrifos» de la cultura occidental.

La perspectiva de A. Peralta fue continuada en muchos aspectos por Roberto Escobar en *Teoría del chileno* (1981). Escobar recurre a lo intuitivo pero desde las ciencias humanas, sabe que lo intuitivo está superado, pero también que ningún análisis caracteriológico colectivo puede olvidar esta perspectiva. Analiza recetas de cocina, expresiones lingüísticas, su propia experiencia al recorrer el país, como una forma de exponer aquellos aspectos del país que se encuentran más allá de las categorías tradicionales en las que se enmarca el problema de la identidad. Define al chileno como «hombre del subsuelo»: el chileno más verdadero, es aquel que en el modo de vivir, como de expresarse es el «subsoleado»: el minero o pescador. El aislamiento, la soledad, el ocultamiento son algunos de los rasgos que lo definen. Se refiere a su concepción «atemporal» de la historia y «fragmentada» del espacio, opuesta a la percepción del europeo de la realidad. Señala el lenguaje —similar al del niño— que utiliza el chileno: «parataxis», una expresión no sintáctica. Lo anterior constituye una «cultura del presente», al margen de la historia, y con expresiones artísticas en las que prima el «infrarrealismo»: un modo de expresión en que se manifiesta lo utópico, «lo naïf», o el realismo mágico. El infrarrealismo por nutrirse de la realidad más profunda, es lo opuesto al superrealismo francés, que pretendió elevarse sobre lo real.

Escobar diferencia doblemente al país: en relación a Europa, pues no constituye una prolongación del Viejo Continente; pero tampoco lo identifica con Hispanoamérica. Chile como una ínsula, un país «mestizo» y «homogéneo», pues ni el europeo que llegó al país, ni el aborigen eran grupos raciales puros, los que al volver a mezclarse formaron una raza distinta de las anteriores: «raza del Pacífico». Escobar recurre al psicoanálisis histórico al definir el gobierno de Carlos V como «patriarcal» y el de los Borbones como «matriarcal» y siguiendo a L. Oyarzún divide la historia del país en dos grandes sectores: «el grupo liberal» y el «conservador». El primero lo asocia con la figura del «padre»: figuras históricas del liberalismo, que el autor resume con rasgos de «agresividad». El sector conservador lo asocia con la «noche», lo femenino y la estabilidad, pues la mujer en Chile representa el «buen sentido». Se refiere a éste («matriarcado benigno») como al que se debe la cohesión de la sociedad chilena, en oposición a lo masculino disociador («patriarcado semiagresivo») definido por su dificultad para comunicarse, la búsqueda del lucimiento personal y la falta de sentido de equipo.

Su conclusión es que la «infancia mental» del chileno se formó por su lado aborigen, como por la herencia medieval española; simbiosis que sólo se vio interrumpida en el siglo XIX con la imposición de formas culturales traídas de Francia e Italia, quedando sin embargo, el arte chileno impregnado para siempre del sello paratáctico. Escobar propone aumentar y reafirmar este aspecto pues

en él se encierra la verdadera identidad nacional: el mito y la utopía. Las soluciones propuestas por Escobar se identifican con las de A. Peralta: su admiración por Portales y Encina, identificándose con la Generación del Centenario. Escobar postula el nacionalismo. Reivindica los valores del espíritu y espera que el libre mercado no llegue a comprarlos, pues entonces, además de la «infancia mental» se llegaría a la «infancia moral».

3. LA IDENTIDAD DESDE EL PUNTO DE VISTA POPULAR

Muchos autores se refieren a la identidad desde un nivel político y social. En este grupo, sin embargo, nos referimos específicamente a las obras que visualizan el problema enfatizando una perspectiva política, considerando subidentidades e incorporando lo popular como un elemento fundamental en la constitución de la identidad chilena. Estos ensayos plantean además una liberación popular ausente en los anteriores. Entre los principales autores se debe mencionar los siguientes: Hernán San Martín, Carlos Ossandón, Jaime Valdívieso.

Representativo es el caso de *¿Quién es Chile?*, editado por Quimantú, Colección Nosotros los Chilenos (1971). Corresponde al primer número de un proyecto para editar textos baratos y en grandes cantidades (50.000 ejemplares) como una manera de alfabetizar la identidad de los grupos postergados. El ensayo *¿Quién es Chile?*, por constituir una obra de divulgación, contiene datos geográficos, censos, premios nacionales de arte y literatura, una pequeña reseña histórica, abundantes fotografías y la perspectiva general de apoyar al gobierno de la Unidad Popular. A la pregunta planteada en el título, se responde que el pueblo constituye el principal configurador de la identidad chilena. Este nivel colectivo está igualmente explícito en el nombre de la colección. En la reseña histórica, se destaca los hechos y personajes que más han contribuido a la implantación de la libertad y la igualdad en el país, señalando la paulatina incorporación del proletariado y del estado como gestores importantes en la marcha del país. El capítulo, «¿Cómo somos?», está constituido por tres pequeños ensayos de: José Miguel Varas, Isabel Allende y Elisabeth Reiman; dedicados al carácter del chileno (el primero) y de la chilena (los otros dos), con lo cual la distinción sexual hace su aparición en el tema de la identidad.

La misma colección publicó en 1972 *Geografía humana de Chile*. Hernán San Martín presenta un viaje a través del país describiendo paisajes, habitantes, costumbres, historia y poniendo el acento en el elemento popular. Posee un capítulo inicial: «¿Quiénes somos, cómo somos, y por qué somos así los chilenos?» y otro posterior que da la clave del texto: «Apología del “roto” chileno». San Martín considera cinco puntos para su estudio: la composición étnica, la economía, la organización social, la cultura y las características conductuales

del chileno. Establece una prolongación entre los actuales habitantes del país con los primeros pobladores, pues bajo la capa de las recientes inmigraciones europeas, se encuentran los habitantes de origen asiático-americano. Se insiste en el mestizaje y en la no homogeneidad del chileno, ya que ni los aborígenes ni los europeos lo eran racialmente hablando: «no existe nada que pueda llamarse raza chilena». Con respecto a la organización social, señala la profunda estratificación de la sociedad chilena, y establece que las reacciones conductuales son muy diversas pues la psicología nacional no está aún definida por encontrarse el país en una etapa de formación.

En lo cultural, aunque reconoce que existe una cierta homogeneidad en el lenguaje y en las costumbres, advierte que no ha surgido una cultura chilena: «un mundo cultural nuevo», cuyos síntomas se manifiestan en la literatura y especialmente en la poesía. Pero agrega que las mismas características se pueden observar en todos los pueblos que viven en circunstancias similares. Por esto rechaza los tradicionales rasgos con que se caracterizó al chileno (timidez, prudencia, melancolía) pues ni son exclusivos ni han sido perfectamente definidos. Descarta también la influencia de lo biológico en el carácter colectivo, proponiendo en cambio lo económico y lo social. Concluye y probablemente por vez primera, en la *historicidad* de la identidad nacional y que si hasta ayer el chileno fue más bien triste, en un futuro cercano, vencido el subdesarrollo, el chileno obtendrá la libertad y la alegría. Junto a la dimensión económico-social, lo más original se encuentra en la incorporación del aspecto ecológico.

Carlos Ossandón publicó en 1985, *Reflexiones sobre la cultura popular* en que busca «consignar ciertas manifestaciones de la cultura y la sensibilidad popular», criticando la ensayística (y sobre todo la filosofía académica) por su olvido del quehacer popular. La originalidad de texto consiste en reflexionar sobre lo chileno desde una perspectiva filosófico-ideológica, con marcado sentido de las clases sociales, para establecer no una cultura chilena, sino subculturas y subidentidades.

Más tarde en 1987 Jaime Valdivieso publicó *Chile: un mito y su ruptura*, donde plantea que el país ha tenido una imagen de sí mismo creada y fomentada por la «burguesía castellano-vasca», presentando al país —falsamente— como el más civilizado, el más demócrata y el más europeo de Hispanoamérica. Esta imagen mítica —según el autor— se destruyó con el golpe militar de 1973, en el que apareció «la verdadera historia de Chile», condicionada por el espíritu conservador, clasista y racista de su clase dominante.

Las pruebas que confirman su tesis las obtiene de ciertos pensamientos de Encina (la raza española como superior a la indígena), en la estrechez de las familias que dominaron al país desde la Colonia y en el grupo de inmigrados vascos que al enriquecerse desarrollaron un espíritu conservador y despreciativo hacia lo chileno y latinoamericano. Después de la Independencia, agrega, no cambió radicalmente esta situación, al no surgir una burguesía moderna con una

sólida ideología republicana y liberal. Posteriormente señala que es en la obra de G. Mistral y P. Neruda donde se presentan los fundamentos de una cultura y una identidad auténtica. En G. Mistral encuentra una expresión poética que recoge la cosmogonía indígena, el mundo precolombino y el mestizaje. En la obra de Neruda, destaca igualmente sus aportes a la creación de una genuina identidad nacional: el canto a la naturaleza, el contacto con el hombre del pueblo. Neruda es presentado como el creador de verdadero nacionalismo. Con esta lógica se busca invertir el modelo universalizador y establecer las diferencias entre América y el Viejo Mundo. En definitiva, se trata de negar el modelo liberal y rechazar —si seguimos el esquema de Sarmiento— la civilización europea, revalorizando la barbarie americana, encarnada en lo popular.

4. LA IDENTIDAD NACIONAL DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Consecuente con nuestra tesis central, según la cual el ensayo ha seguido una dirección que va de una perspectiva impresionista a una más científica, nos corresponde presentar en esta parte los trabajos de Hernán Godoy, Víctor Jadresic, Augusto Merino y Pablo Huneus.

Ningún trabajo se puede realizar sobre la identidad nacional sin citar los trabajos del sociólogo Hernán Godoy. Son textos voluminosos, que recorren toda la historia cultural del país y en los que presenta una gran cantidad de información escrita, pictográfica y bibliográfica. Sus trabajos más importantes: *El oficio de las letras* (1970); *Estructura social de Chile* (1972); el artículo «La cultura» aparecido en el libro *Chile 2010* (1976). En 1977 publicó *El carácter chileno*, donde plantea algunos interrogantes básicos: ¿Existe el carácter nacional? ¿Cómo se ven a sí mismo los chilenos y cómo han sido vistos por los extranjeros? ¿Cuáles son sus características más relevantes? Godoy considera lo básico que constituyen la chilenidad: el medio geográfico, la formación ética, la organización social, el proceso histórico-cultural. La respuesta de Godoy, además, es histórica: el carácter chileno no siempre ha sido el mismo, pues se modifica a través del tiempo.

Por último en *La cultura chilena, ensayo de síntesis y de interpretación sociológica* (1982), presenta un detallado estudio de lo que ha sido la cultura chilena en diez momentos claves: el contacto hispano-indígena; el arraigo de la cultura española; el aporte jesuita; las características de la Ilustración nacional, la cultura del Valle Central; las formas culturales durante la Independencia; el Romanticismo; el Liberalismo; la aparición y ascenso de la clase media; para concluir con el análisis de ciertas formas culturales presentes en la mitad del siglo XX. Es un amplio trabajo (554 p.) en el que se encuentran bases para el conocimiento de la chilenidad expresada en su desarrollo histórico. Historia cultu-

ral y cultura modificada por la historia. El supuesto básico es que la cultura chilena (como la identidad) no es una y para siempre sino que permanentemente está siendo modificada por el acontecer histórico. Desestima, la visión de la cultura como algo exclusivo de la élite «culta», para asociarla al conjunto de las manifestaciones de una comunidad.

Mimí Marinovic y Víctor Jadresic en *Sicología del chileno. Estudio exploratorio de la «personalidad nacional» realizado a través del arte*, se proponen analizar el tema con rigurosidad metodológica, precisión científica y evitando todo impresionismo. Aspiran a una integración multidisciplinaria: psicología, estética, filosofía, antropología, para evitar dos errores habituales en la definición de la «personalidad nacional»: el *individualista* que presenta la personalidad como algo aislado del medio social, y el *culturalista* que la concibe sólo como un producto de lo socialcultural. Las principales limitaciones que destacan del ensayo tradicional es la exagerada significación que se otorga al concepto «raza», prefiriendo para captar el «carácter nacional» ciertos rasgos de personalidad, como también las instituciones, costumbres públicas, modos de pensamiento y productos sociales. Rechazan la construcción de listados de virtudes y defectos lo que ha llevado a constituir estereotipos engañosos, pues no basta la simple enumeración de rasgos psicológicos, sino que se debe conocer su organización en estructuras; sin olvidar que éstas sólo en las comunidades simples se mantienen inalterables por largos períodos, mientras que en las sociedades modernas se modifican permanentemente.

Las conclusiones obtenidas no siempre son tan novedosas como se esperaba: siguiendo a Sheldon se señala que los entrevistados presentaron al chileno con rasgos viscerotónicos (amistoso, cómodo, amable). En relación a la visión positiva o negativa, los entrevistados marcaron preferentemente la segunda, señalando como los rasgos más representativos la inseguridad, fatalismo, inautenticidad, etc.; y entre los positivos, la cordialidad, la generosidad, el ingenio. Observaron que «la vida interior» seguida de «las relaciones interpersonales» son los asuntos que acaparan más la atención de los artistas; y al estudiar los problemas psicológicos más frecuentes obtuvieron una clasificación jerarquizada de la soledad, el aislamiento, la dependencia, la búsqueda de la protección, la tristeza, etc. Se puede ver, que a pesar de la rigurosidad metodológica sus conclusiones no difieren grandemente de lo señalado en el ensayo impresionista: un chileno opacado, angustiado, solitario, etc. Lo que prueba que aún estamos lejos de un método que permita obtener conclusiones sólidas y empíricamente demostrables. El estudio de Jadresic y Marinovic tiene el mérito de presentar ciertos rasgos de la personalidad colectiva de modo confirmado.

Mario Góngora se refiere a la identidad desde su propia especialidad. En 1980 publicó *Proposiciones sobre la problemática cultural en Chile*. Afirma que la cultura (en individuos como en pueblos) vive del alma o principio interior, el cual es más rico mientras más interior sea y más capaz de expresarse ha-

cia el exterior por medio del lenguaje u otras con figuraciones humanas. Esta expresión se diferencia del sentido pragmático o económico, dominado por el raciocinio y en que el alma no está presente. Anota que Chile está constituido por dos raíces étnicas superpuestas: la indígena, que no logró crear grandes realizaciones simbólicas, y el mundo ibérico igualmente pobre en lo simbólico; pues el español avecinado en Chile provenía de niveles populares-andaluces con un mundo cultural al margen de las realizaciones del Siglo de Oro. El criollo no conoció el Renacimiento ni la Reforma ni las cortes barrocas, es decir, la modernidad; produciendo, en cambio, el caciquismo, el sentimiento guerrero, el casticismo y el clericalismo, como partes constitutivas del ser nacional.

La misma ausencia de cultura se observa en el siglo XIX pero queda oculta bajo el lenguaje de la Ilustración y el Liberalismo. Coexisten dos estratos culturales: el pueblo (con los valores del mestizo hispano-indígena) y el grupo culto, formado por los propietarios de la tierra o profesionales liberales que dirigen el estado y la iglesia. Aunque surgieron personalidades como A. Bello, Lastarria, V. Letelier y otros, no se crearon obras de espíritu y del alma. En el siglo actual, cree que Chile recién ha logrado un nivel de «verdadera cultura espiritual» especialmente en los poemas de V. Huidobro, P. Neruda y G. Mistral, así como en algunos pintores, arquitectos y narradores, donde el país consigue una «real cultura del alma». Pero mientras este grupo culto ha podido insertar a Chile en las realizaciones culturales, el sector popular continúa al margen en «su curso intemporal».

Rolando Mellafe publicó el mismo año, *El acontecer infausto en el carácter chileno: una proposición de historia de las mentalidades*. Señala que los artículos que se han dedicado al estudio del carácter nacional, siendo meritorios, adolecen de limitaciones metodológicas, pues el modo de referirse al tema fue básicamente analizando la composición étnica y desprendiendo rasgos psicológicos más o menos permanentes. En opinión de Mellafe resultaban consideraciones superficiales y subjetivas, pues sólo se basaban en el comportamiento de algunos individuos y sólo en un momento de su historia, argumentando que la conciencia individual y social se forma en tiempos históricos muy extensos. Propone la *historia de las mentalidades* y dentro de ésta el estudio de los desastres. Otro de sus criterios metodológicos se refieren a las fuentes empleadas. Dice que se ha recurrido en demasía a la opinión de viajeros que han visitado el país, los cuales si bien aportan una visión, ésta es tan subjetiva y universal que nada dice del sujeto individual. Propone su perspectiva: «Quisiéramos ir un poco más profundo en el proceso de maduración del ego nacional individual y colectivo y, precisamente, el acontecer infausto se presta admirablemente a estos efectos».

El sociólogo Pablo Huneus ha publicado ensayos en los que mezcla lo biográfico, la sociología, la crónica periodística y el uso de un tono irónico. Una de las preocupaciones de Huneus es revisar (desmitificando) los proyectos políticos surgidos en los últimos años, y cómo éstos han modificado la vida cotidiana

de las personas. Entre sus principales ensayos están: *Nuestra mentalidad económica* (1979), *Lo comido y lo bailado* (1980), *La cultura huachaca* (1981), *Aristotelia chilensis* (1985), *En aquel tiempo* (1985). En todos ellos se encontrarán abundantes referencias al habitante del país.

En *Cambios estructurales en la mentalidad chilena* (1978), presenta nueve puntos en los que estudia la modificación de la mentalidad chilena durante el gobierno militar en comparación a la existente en la Unidad Popular. Resulta un ensayo interesante por ser uno de los pocos que se refieren al chileno actual. Los principales cambios de mentalidad que observa los agrupa en lo que denomina «la onda»: un modo de vida basado en *el american way of life*, el consumismo, el éxito personal y la competencia. Analiza una dinámica social dirigida de «arriba» hacia «abajo», la que por medio de la publicidad crea una «movilidad social simbólica». Estudia la «politización» que vivió la sociedad chilena durante el gobierno de la UP y su reemplazo por la «economización» actual: «El gran tema es la plata (o la ausencia de ésta)». Esto ha producido una «rebelión de los exitosos»: se premia el triunfo, castigándose (no solidarizando como antes) la pobreza o la derrota: «Los flojos, tontos y mediocres dominábamos la situación. La inamovilidad garantizaba empleo estable, el chaqueteo al más capaz aseguraba una chatura generalizada, y los ascensos por antigüedad ocultaban la carencia de méritos». «Pero hoy día ser pobre, lamentarse o fracasar está fuera de onda». Se ha producido un reemplazo del sentido colectivo-social, por la valorización del individualismo. Concluye esperando que los chilenos encuentren un modo de organización social basada en la convivencia democrática.

El ensayo de Jorge Edwards, «Antecedentes culturales», aparecido en el libro *Visión de Chile* (1980) es una reflexión sobre «la crisis actual (...) de nuestro régimen político, tratando de analizarla con la perspectiva de la historia y de la cultura chilena». Afirma que la crisis se debe al desconocimiento que tiene el chileno de su propio pasado, pues las grandes historias generales se escribieron hasta 1891, aunque esta falta de interpretaciones históricas ha sido suplida por la abundancia de literatura testimonial (memorias, confesiones, diarios, reportajes, crónicas, e incluso cuentos, novelas y poesías que recogen aspectos de la historia). Lo anterior lleva a J. Edwards a pensar que no hay aún un buen análisis del chileno.

Por último nos referiremos a la publicación del politólogo Augusto Merino, *Problemas de la cultura política chilena* (1980). Aunque focalizado en el tema de la cultura política, su trabajo plantea aspectos novedosos al interior del tema. En la introducción define el concepto cultura (Gurvitch), y posteriormente se pregunta si es posible identificar con claridad los rasgos culturales y si es que verdaderamente pertenecen al carácter nacional como algo perdurable. Para responder a estas interrogantes, establece «la necesidad de relacionar dialécticamente los conceptos de estructura social y de cultura». Cita diversos ejemplos con los que normalmente se ha caracterizado al chileno (mesurado, buen juicio,

etc.); sin considerar que éstos tienen su contrapartida en otros que no se mencionan, o que —a veces— son las estructuras políticas del momento histórico las que han producido rasgos culturales, considerados no como circunstanciales sino como permanentes. Resulta, dice, impropio hablar de un carácter chileno, o de una cultura chilena a menos que se postule que la estructura social chilena y los correspondientes proyectos sociales no han variado sustancialmente a través del tiempo. Y agrega que cuando se habla de la cultura chilena, se piensa en ésta como algo homogéneo y único, sin investigar si existen «subculturas». El punto de vista de A. Merino resulta característico del nuevo ensayo pues al criticar la forma tradicional como se estudiaba la chilenidad, propone una óptica nueva que abandonando la ensayística («la ciencia sin la prueba») y las generalizaciones intuitivas, dé paso a análisis que recurriendo a las ciencias sociales permitan estudios de mayor profundidad.

5. LA IDENTIDAD NACIONAL DESDE LA FILOSOFÍA

En el grupo estudiado a continuación predomina una orientación filosófica ya sea dentro de la tradición del pensamiento occidental o de los aportes de la filosofía latinoamericana. Estudiaremos los aportes de Félix Schwartzmann, Alfonso Echeverría, Miguel da Costa, Eduardo Devés.

Félix Schwartzmann, conocido por su libro *El sentimiento de lo humano en América* (1950-1954) publicó en 1980, *Cultura nacional y mundial como forma de poder*, constituye una reflexión sobre el tiempo presente y el concepto de cultura planetaria en relación a la experiencia chilena y americana de la vida. Afirma que en algunos países del Tercer Mundo (como Chile) pueden surgir teorías originales en defensa del hombre como en la búsqueda de cambios en el mundo social. Posteriormente enuncia catorce tesis: criticando el mito del desarrollo, propone una profundización de la conciencia histórica. Rechaza, por utópico, pretender conciliar el modo de vida postindustrial y conservar nuestra identidad nacional. El aporte de Hispanoamérica a la historia universal —dice— se verificará a través de la experiencia americana de la vida en la que prima lo emocional, el arte y la poesía. Lo que busca Schwartzmann, es defender la tierra y la convivencia humana. Concluye que lo importante es mirar «el rostro de la época y luego volvamos la mirada a nosotros, a nuestra tradición y modo de ser hombres»; es decir un autoconocimiento que signifique un continuo recrearse.

Miguel da Costa en *La formación de la cultura chilena según la influencia de las nacionalidades extranjeras* (1980). Analiza el concepto de «cultura» en general y el de «chilena» en particular. Para la primera recurre al pensamiento griego, entendiéndola como un proceso de formación del individuo, se asocia a todo objeto al que se le ha incorporado un valor, que tiende a un valor o está su-

bordinado a él. A lo formado o transformado por el espíritu. Cultura como «el mundo propio del hombre». De este modo, si es posible hablar de un tipo especial de hombre como «chileno», también entonces se puede hablar de una «cultura chilena». Aunque no se puede afirmar *a priori* que ésta sea igual o distinta a la de otros pueblos.

Posteriormente define la naturaleza chilena como una paradoja: a pesar de formar parte de un continente, el país constituye una isla. Se pregunta si ha sido la naturaleza o la diversidad de nacionalidades lo que ha constituido principalmente lo chileno. Responde que ambos en un proceso que aún no termina. Chile como una nación joven, por lo cual sus tradiciones no poseen aún la fuerza de otras culturas. Se refiere a la cultura nacional (arte y pensamiento) como «problemática, muchas veces amenazada, insegura, desigual y, sobre todo, incompleta», debido a la falta de una base institucional. Una cultura que día a día debe «ganarse el pan». Otro rasgo que destaca es el sentimiento de «reconstrucción»: un volver a hacer las cosas, debido a la inclemencia de la naturaleza. De esto surge —de nuevo— la falta de tradiciones, la sensación que todo es efímero, debido al condicionamiento natural destructor y a la «juventud de nuestra raza». Este rasgo negativo, sin embargo, produce uno positivo: una fuerte unidad como pueblo. Según Da Costa, no hay diferencias marcadas entre los chilenos y por lo tanto no hay subculturas. En relación a las nacionalidades que han constituido el país, concluye que éstas se sumergen en la chilenidad adquiriendo el sello común que prima sobre las particularidades; luego se refiere a ciertas características de los distintos pueblos que han emigrado a Chile: españoles, alemanes, italianos, franceses, etc. Lamentamos que muchas de sus observaciones no pasen más allá de aspectos conocidos. Al decir que los vascos eran laboriosos y sobrios; que los alemanes aportaron el sentido industrial y el pragmatismo; que los franceses eran aventureros; nos parecen rasgos generales que habría que analizar con profundidad. Igualmente nos parece exagerada su tendencia a relacionar la cultura a lo racial.

Para terminar nos referiremos al estudio de Eduardo Devés, *Escépticos del sentido* (1984). El autor pertenece a una de las últimas promociones de pensadores y cuya obra está aún por desarrollar. En este texto se revisan los últimos acontecimientos del país y sus implicancias ideológicas. Aunque no es su propósito detenerse en consideraciones sobre el carácter nacional, no es extraño encontrar reflexiones sobre lo chileno y su modo de relacionarse con la realidad, de hacer política, de construir proyectos históricos. Justamente, lo que diferencia el ensayo de Eduardo Devés, es que muchos de los temas que tradicionalmente fueron considerados desde una perspectiva impresionista o científica, aparecen aquí desde la reflexión filosófica.